

cuerpo vivo se sostiene en el soma y en los procesos somáticos que le vinculan a la materialidad viviente para realizarse. Por cierto, esta distinción entre organismo y soma que establece el autor, guarda un paralelo con la concepción de García Bacca, nuestro gran filósofo científico.

En las conclusiones finales de esta obra, Faustino Córdón afirma que se percibe una tendencia en todos los organismos vivos de hacer su acción cada vez más eficaz, más densa, para llegar a un perfeccionamiento gradual y progresivo, como si obrasen con arreglo a un fin que no tienen. También propenden a una integración más perfecta, a una asociación más compleja, a constituir unidades más diferenciadas. Ley dialéctica que asciende de lo inferior a lo superior que Engels, ingenua pero genialmente, descubrió como cambio de la cantidad en cualidad y que se manifiesta en el paso de la materia inorgánica a los cuerpos organizados y en la evolución de la vida terrestre que culmina en el hombre.

Otro aspecto importante de este libro, es la crítica a la investigación y a la ciencia de nuestros días. Afirma el autor que la ciencia continúa siendo lo que fue durante el siglo XIX: analítica y descriptiva. No ha llegado todavía a una interpretación teórica de los hechos científicos, originando lo que llama el autor una devoción beata por la ciencia, que cae en la irracionalidad.

¿Cómo salir de esta crisis de la ciencia? El autor propone una nueva organización social que permita al trabajador científico entregarse a la investigación teórica, sin búsqueda de ventajas prácticas ni resultados inmediatos. Esta nueva ciencia, liberada de su alienación industrial, solamente puede surgir de una transformación completa de las estructuras de la sociedad. ■

CARLOS GURMEDEZ.

Lenz, acaso un compañero del 68

Los libros generacionales —de y sobre la generación de una— tienen de bueno y de malo que se lean con pasión. Hacen referencia a momentos, problemas y situaciones que pudieron formar parte de nuestra propia Historia, contrastándola a veces; otras, abriéndose a la identificación; siempre, estableciendo una discusión muy especial. Involu-

crándonos en la narración que nos obliga a sacar del cajón los recuerdos y, quizá, desempolvando las ideas, las casillas en que guardábamos, bien etiquetado, aquel trozo de historia. A mí me ha pasado con "Lenz. Un relato", del alemán Peter Schneider (1).

"Lenz" es una particular novela de aprendizaje. Nos cuenta el proceso que se establece, de manera convulsa y problemática, entre las obsesiones individuales y los problemas colectivos, para un muchacho alemán, en el marco de los grupos estudiantiles, en pleno 68.

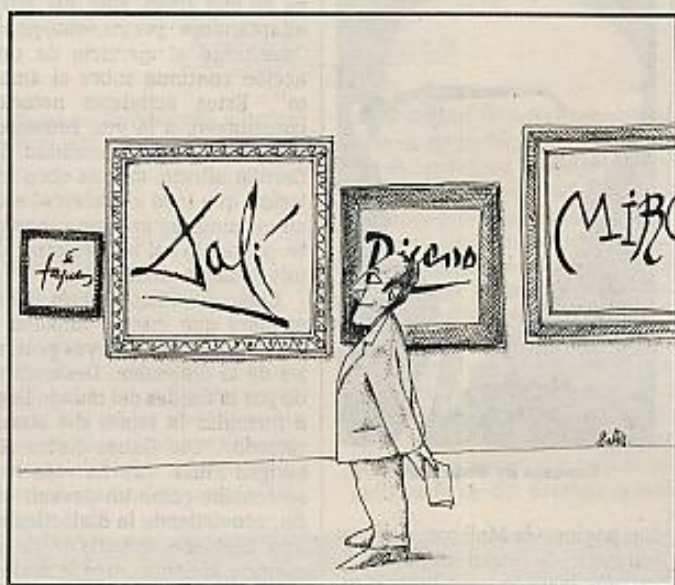
"Lenz" es, además, casi un alegato, finalmente optimista, y casi todo el tiempo confuso, de una crisis y la generación que la sufre. Y es también, y antes que nada, una novela de personaje;

bre que es una máscara entre la serie de iniciales que nombran a la mayor parte, a casi todos los demás personajes que aparecen. Una máscara que individualiza escasamente todo un inconsciente de grupo y de época: el movimiento estudiantil radical y rebelde, y la manera en que hace eclosión precisamente en 1968.

Así pues, todo un cúmulo de problemas sociales, políticos, personales, planteados y resueltos con pasión: el papel de los estudiantes, en el campo social, visto con desilusión, con una mezcla de pesimismo y desprecio. La institución universitaria, en crisis que todavía parece insimilable. Esa necesidad que desde nuestra perspectiva parece romántica, pero que se sentía como absolutamente necesaria y

relato que, de hecho, no nos ofrece verdades, sino problemas.

Entre el optimismo adolescente y el pesimismo romántico, ahogado por esa incomunicación especialmente sentida, Lenz avanza hacia una estabilización personal seguramente abrupta. Un cambio de paisaje y de costumbres, que le lleva al olvido de sus obsesiones puramente individuales. Los problemas personales, dice, se resuelven en una praxis revolucionaria. Cuando deja la caliente Italia, las revueltas estudiantiles están comenzando en Alemania. La huelga general más larga de la Historia pasará poco más tarde en Francia, Méjico, Checoslovaquia y, después, España. Esta sensación de estrenar los problemas y, sobre todo, las soluciones, que no ha vuelto a repetirse, es, antes que nada, lo que le hace un texto nuestro. Lo que nos hace reencontrar al enloquecido y pasional buscador que, quizá, fuéramos a los dieciocho años. ■ ROSA MARIA PEREDA.



contada desde el exterior, en una tercera persona absolutamente presentativa y fría, se trata de la vida y problemas de Lenz, el protagonista. Hay que aclarar: los problemas que su "status", el momento histórico y la ideología propia presentan a Lenz. Y aquí, esto es, en la historia fielmente captada, sólo en un mínimo de datos es donde se establece esa lectura cómplice a que me refería antes. Porque, curiosamente, no hay problema sentido vitalmente y en colectivo por los jóvenes de esa época, que no se plantee Lenz: de hecho, él es un personaje casi típico, y como en el antecedente literario de Buchner, es simplemente el nudo en que se debate la contradicción entre la soledad y el desarriago personal, y la intervención política. De hecho, un nom-

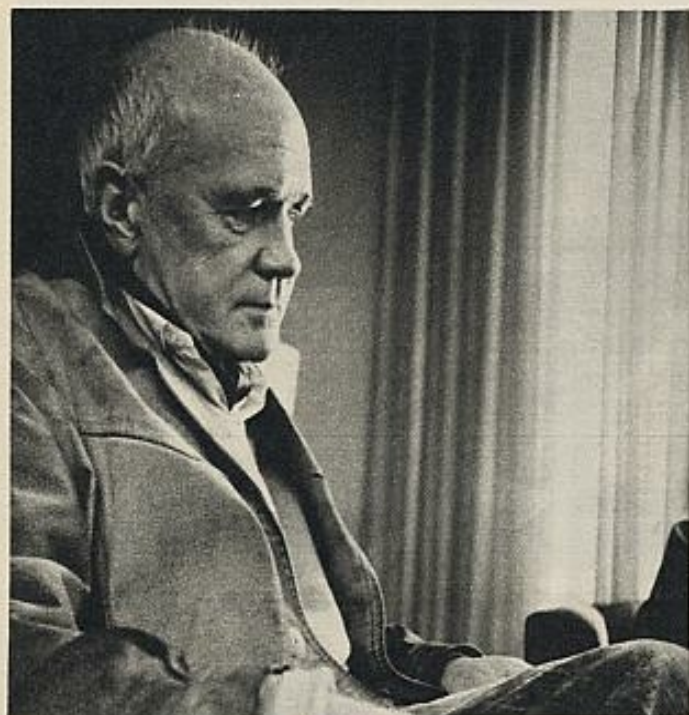
vital, de realizar un "trabajo productivo", y que, exigiendo la relación entre la Universidad y la fábrica de manera más íntima, llevaba a los estudiantes a la proletarianización. El descubrimiento del amor y el sexo, unido a la crisis de la religión y la familia, que planteaba y generalizaba unas relaciones amorosas más libres, pero de ninguna manera desprovistas de problemas. Y en otro orden de cosas, ese cansancio revolucionario, que hace a todos estos movimientos —a ese movimiento contagioso y general— situarse voluntariamente en terrenos extraparlamentarios, fuera de cualquier cauce legal, y al margen de todas las componendas. Lenz, estudiante proletarianizado y rebelde sin causa, capaz de escapar lejos, a otro mundo, vive todo esto en concreto y en angustia. Su infancia, su familia, su soledad y desarraigo van y vienen en un

San Genet

La obra de Genet —prosa, verso y teatro— constituye uno de los más variados muestrarios de transgresiones —de negaciones, nunca— a la moral vigente que se puede encontrar en la literatura contemporánea; muestrario avalado por una práctica personal del mal, que lo coloca a una altura muy superior a la de la obra de los literatos de oficio que han jugado al satanismo. Sus personajes —sombras, traspasos del autor— emplean un sistema de valores que trata de ser el opuesto al que las normas sociales establecen como "bueno".

Sin embargo, Genet no es un rebelde ni un revolucionario, no es un destructor; esta es una de las muchas diferencias que le separan de los "malditos" tradicionales. El marqués de Sade, por ejemplo, utiliza el concepto de perversión para desmontar los mecanismos de una sociedad que considera injusta, actúa como moralista. Genet acepta implícitamente los valores de dicha sociedad, a la que no juzga. Ahora bien, situado desde siempre en el bando de los perdedores —educado en el hospicio, conocedor desde niño de humillaciones, reformativos y cárceles— trata de situarse en las antípodas de aquellos que le oprimen y de alcanzar una especie de

(1) Peter Schneider: *Lenz. Un relato*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1976.



Jean Genet.

"santidad" al revés. Hace del nadir un cenit, y se sumerge gozoso en lo más negro, siguiendo el camino idéntico —aunque opuesto— al del místico que trata de aniquillarse en la profundidad superior del azul.

"Diario del Ladrón" (1) es la narración de esta ascesis al revés. Comienza en el Barrio Chino de Barcelona, donde Genet se esfuerza en ser el más abyecto en la galería de abyectos mendigos que nos presenta. Recorre, peregrino, una España mágica de contrabandistas, ladrones, pordioseros y asesinos. Pasa luego a Italia y a los países centroeuropeos, donde va ascendiendo en su carrera criminal. El final de la narración nos lo muestra de vuelta en Francia, donde ha alcanzado ya una cierta fama literaria. Su carrera de escritor no se nos muestra como una ruptura con su pasado delictivo, sino todo lo contrario: Genet no rompe con la delincuencia, no abandona el Mal; deja, simplemente, las formas externas de éste, y comete su más grande y mayor pecado: el pecado no punible por la sociedad, el Pecado contra el Espíritu Santo que se manifiesta a través del Verbo, de la Escritura. El autor emplea un lenguaje barroco, perfecto, que le sirve para plasmar la obra más malvada que imaginarse pueda. Sigue, pues,

realizando su labor de asceta maléfico.

Otra de sus novelas —aunque me repugna un poco aplicar este remoque a las obras en prosa de Genet, tan ricas en contenido y que mezclan en sí todos los géneros literarios— recientemente aparecida en nuestros escaparates es "Pompas Fúnebres" (2). Es una lástima que la traducción —más abyecta y despreciable de lo que Jean Genet hubiese deseado ser nunca— impida gozar de la enorme belleza formal del texto. Sin embargo, y a pesar del displacer que produce el enfrentarse a la masacre estúpida de una obra de calidad, la magia de "Pompas Fúnebres" es realmente cautivadora. Si el "Diario del Ladrón" era la explicación de

(2) "Pompas Fúnebres". Ed. del Corregidor, Argentina. He olvidado, de intento, el nombre del traductor.

una trayectoria vital, esta novela es, sencillamente, un monumento al Mal absoluto: Mal que se encarna en los invasores nazis que, como ángeles de la muerte, se abaten sobre París; y aún más en los jóvenes traidores —siempre bellos, siempre enternecedores— que militan junto a los invasores en las filas de los milicianos. Genet llega incluso, en unas páginas de tenso delirio, a asumir el papel de Hitler, como símbolo de todo lo malo y abyecto. Esta narración fascinante es un canto de amor y de esplendor y, a la vez, una reflexión sobre la actividad creativa: dentro del mismo texto, Genet va narrando cómo crea sus historias, cómo fabula a partir de hechos triviales, de vivencias nimias; vemos cómo el deseo y la imaginación se alían en un proceso que oscila entre la meditación y la masturbación, para hacer del acto de la escritura una actividad demiúrgica; y cómo esta actividad está teñida —al igual que en las cosmogonías agnósticas— por el matiz fosforescente de la maldad. Genet desvela en esta novela, más que en ninguna otra de sus obras —excepción hecha, tal vez, de "Notre Dame des Fleurs"— la aparente trama de su creación; y, sin embargo, este descubrimiento no nos quita el placer de lo misterioso; advertimos que hay un secreto que se nos revela, o que nos es inaccesible: el secreto del sufrimiento.

Si Jean Genet hubiera nacido en la Edad Media hubiera sido un brujo; en el siglo pasado encabezaría un culto satánico. Hoy se limita a ser, en palabras de Sartre, "comediante y mártir". Comediante porque mártir, mártir porque comediante; Genet ha asumido su papel de proscrito, de maldito y de perverso, de hombre que sufre; y lo lleva hasta las últimas consecuencias. Su vasta obra tiene un solo mensaje: él mismo, su máscara. ■ E. HARO IBARS.

"España, camino del presente"

Walter Haubrich y Carsten R. Moser son dos periodistas alemanes que trabajan desde hace tiempo en España. Corresponsal del "Frankfurter Allgemeine" el primero, envía al segundo regularmente sus crónicas económicas desde Madrid a "Die Zeit", de Hamburgo. Ambos tienen, pues, gracias a su profesión, un conocimiento de primerísima mano de nuestra nada fácil realidad cotidiana.

Ese conocimiento han sabido aprovecharlo para elaborar conjuntamente una amplia y documentada introducción a la España posfranquista que, a modo de hilo de Ariadna, podrá guiar al lector germanoparlante interesado por este inextricable laberinto histórico en el que como colectividad andamos metidos.

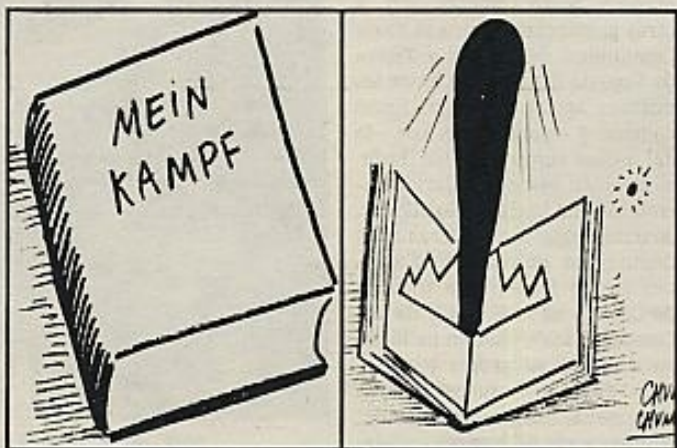
El libro —significativamente titulado "La herencia de Franco, España, camino del presente" (1)— está dividido en dos partes estrechamente vinculadas. En la primera, Haubrich da un repaso crítico a los cuarenta años de franquismo, sin el cual naturalmente no se entendería nada, para analizar luego programas, estrategias y posibilidades de las distintas fuerzas políticas y sindicales que hoy se disputan esa herencia a la que alude el título; la segunda parte, a cargo de Moser, se centra en las actuales perspectivas económicas: planificación, posibilidades de integración en Europa, paro, emigración, la necesaria reforma fiscal, etcétera.

Lo primero que llama la atención del lector español que hojea el libro de Haubrich y Moser es no ya la plena actualidad de todos sus datos y el alto nivel de documentación que demuestran los autores, sino muy especialmente el modo admirable en que ambos periodistas han sabido evitar en todo momento la tentación del tópico, en la que tantas veces caen incluso los corresponsales mejor intencionados.

A ese rigor interpretativo han contribuido indudablemente la veteranía de ambos en este observatorio —Haubrich, por ejemplo, lleva ya diez años entre nosotros—, su obligado contacto cotidiano con el acontecer político y sus posibilidades, plenamente aprovechadas, de acceso directo a las fuentes.

Los autores no han dudado en acudir una y otra vez a las figu-

(1) "Francos Erben, Spanien auf dem Weg in die Gegenwart. Kiepenheuer y Witsch, Colonia, 1976.



(1) "Diario del Ladrón". Ed. Planeta, Barcelona. Traducción (muy cuidada) de María Teresa Gallego e Isabel Reverte. Preliminar de Jorge Urrutía.